

OTRAS RAZONES

EL ESCRITOR Y EL PERIODISTA



sería del pueblo y el miedo de las clases dirigentes, en estado subyacente y sin aflorar en el debate público de la acción o de la teoría. Negarse a mirar las cosas desde el punto de vista del consenso es comenzar a ver y comprender la

realidad de las situaciones. Desde esa inédita perspectiva, lo que se escriba con sinceridad ha de ser considerado por los demás como originalmente profundo, aunque bien mirado no lo sea. Y no tanto por la originalidad o profundidad del talento del escritor, cuestión siempre relativa, sino por el hecho de que se está tratando de lo silenciado por los demás, y de lo situado en un nivel más hondo de realidad que el de la espesa superficie dominante. El periodista sagaz debe sacar a la luz del día las relaciones que enlazan a los fenómenos visibles del poder, que se producen aparentemente separados. El escritor de pensamiento político, las causas invisibles de esas relaciones. Ambos son igualmente indispensables para entender las situaciones y estados del poder en la sociedad y el Estado. Uno y otro se necesitan. Pero hoy fallan y faltan los escritores de política. Les sobra el estilismo. Les falta la verdad.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

LA INDUSTRIALIZACIÓN DEL CONOCIMIENTO

Un niño, una niña: dos ojos abiertos al asombro de la realidad.

Y las preguntas brotan, disparadas como saetas: «Mamá, papá, ¿por qué las naranjas son redondas? ¿Por qué no se cae la luna? Son los vagidos del gozo y de la necesidad del conocimiento. Y no son tales preguntas menos ingenuas que las que frecuentemente oímos en la Universidad o en los debates que siguen a solemnes conferencias. El impulso de conocer nace con el ser humano apenas empieza a funcionar su cerebro. Sin el conocimiento no sobreviviríamos. Pero tal impulso puede recorrer los más diversos senderos y adquirir las plasmaciones más variadas en las diversas culturas. Porque en él se agrupan muy diversas posibilidades. Es un placer y una necesidad de organizar nuestra visión del mundo, para escapar de la perplejidad, como decía Russell, pero es también una poderosa fuerza y un útil decisivo. Hoy se repite ya como una obviedad que la información es poder, incluso la forma más potente del poder.

¿Qué lugar ocupa, entonces, el conocimiento en nuestra civilización? ¿Qué significa en la complejidad de ésta? En anterior artículo me refería al espejismo de definir a la sociedad de nuestros días como una sociedad en que el conocimiento tendría un papel rector y, por ende, sus profesio-



nales representarían la vanguardia. Ciertamente vivimos en un mundo en que la ciencia ha alcanzado un desarrollo asombroso y ha alumbrado posibilidades tecnológicas que parecían meros sueños. Las universidades han abierto sus puertas. Se invierten

grandes sumas en «investigación y desarrollo», aunque no ciertamente en nuestro país, donde nuestros dirigentes siguen siendo ciegos para la importancia de la ciencia en el mundo actual. La información circula a gran velocidad, gracias a las nuevas tecnologías. Pero ¿quiere decir todo ello que el conocimiento es la fuerza directiva? Muy, por el contrario, precisamente el descubrimiento del enorme poderío inisto en el conocimiento, ha hecho que los buitres del poder militar y policial y de la economía del enriquecimiento privado hayan caído sobre este gigante que es el saber actual, para esclavizarlo. Y, hoy, como los titanes, castigados tras querer asaltar los cielos, martillea en los subterráneos para servir a las necesidades del poder. De la gran industria. Y su misma forma de trabajar ha sido industrializada.

Ya los filósofos fundadores de la Escuela de Frankfurt, Horkheimer y Adorno realizaron una incisiva crítica, hace medio siglo, del modo en que el conocimiento había sido desvirtuado en nuestra civilización y revestido de caracteres industriales... como si se hubiese convertido en un componente fijo de la producción», escribía Horkheimer. Para insistir: «Cuantas más automáticas y más instrumentalizadas se vuelven las ideas, tanto menos descubre uno en ellas la subsistencia del pensamiento con sentido propio. Se las toma por cosas, por máquinas». Parece con estas expresiones anunciarse ya el reinado de las nuevas tecnologías. Pero la explicación que da Horkheimer del fenómeno, remontándose al desplazamiento de la metafísica en la ilustración, resulta excesivamente especulativa. En realidad el fenómeno histórico se da de una manera muy precisa en el último tercio del siglo XIX, cuando se cumple lo que llamó Mumford la «revolución neotécnica». Y con ella la tecnología, que había recorrido un largo camino impulsada por artesanos y técnicos, y que siempre había interesado al poder, empieza a depender de los horizontes radicalmente innovadores que ha abierto la ciencia, en el estudio de los campos electromagnéticos, en el análisis de los metales, en los avances de la química. Se abre el itinerario de nuevas fuentes de energía, que culminará en la nuclear, y de los nuevos materiales sintéticos. Y la producción científica será guiada por el poder que la financia, la dirige, la controla, conserva sus secretos en la nueva caja de Pandora. No sólo en el terreno de la física, también en las ciencias humanas, capaces de dirigir las conciencias y hoy en las posibilidades abiertas por la genética.

Que el enorme potencial de la ciencia para desarrollar la vida humana se encuentre bloqueado por su sumisión al complejo militar-industrial y al beneficio empresarial constituye uno de los máximos problemas de nuestra hora. Que sólo podrá superarse con una revolución en la política científica que reprograme la investigación al servicio de las necesidades cuya insatisfacción aflige a enormes masas y que recupere, también el ejercicio desinteresado del conocimiento, el cual abre a la larga las mayores perspectivas y realiza uno de nuestros más nobles impulsos.

Carlos PARIS

SENY GUBERNAMENTAL CON PUJOL

El varapalo de imagen sufrido por Jordi Pujol al enfrentarse a la protesta de las grandes distribuidoras por la imposición de la Ley del bilingüismo en Cataluña puede ejercer un efecto curioso. Porque, de forma más o menos encubierta, Pujol ha venido a pedir que el Gobierno central le eche una mano en el contencioso. Y el Ejecutivo de Aznar, según le contó uno de sus ministros a Juan Bravo, no sería reticente a esa ayuda, porque quieren la vía de la prudencia para tratar al Muy Honorable. Es un hecho que revela un cierto «seny», aunque el Gobierno central deberá tener cuidado en administrar sus ayudas al líder perpetuo de los nacionalistas catalanes, ya que las elecciones están próximas y una

imagen entreguista del PP podría hacerle daño en las urnas. Porque aunque piensan los populares que con Pujol algo debilitado sus escaños serán decisivos para la gobernabilidad en Cataluña, con lo que el «do ut des» con el Gobierno central sería más fácil, lo cierto es que un retroceso electoral de los de Alberto Fernández sentarían muy mal a la imagen de crecimiento del PP para las siguientes generales. Las encuestas, por el momento, no favorecen la idea de que la blandura con el nacionalismo sea buena táctica para los populares, al menos a corto plazo. Otra cosa sería tras la retirada de Pujol, pero eso no parece próximo.

Juan BRAVO



Cuando hoy se habla en plural de políticas de empleo, políticas sanitarias, políticas de educación o políticas de Estado se está simulando, con el plural, la falta de política singular en el gobierno y la oposición. Para comprender el engaño que se esconde con esta impropiedad del lenguaje, basta observar que, en agudo contraste, no se habla de políticas militares o internacionales. La utilidad del plural, para aparentar espíritu de apertura a la imaginación, en los fines, sería en estos casos nula. A los que destruyen el lenguaje, para no hacer añicos su ficticia imagen de antidogmáticos y pluralistas, hay que recordarles la obviedad de que el fin de la política, en la dictadura, la oligarquía o la democracia, sigue siendo uno, por mucho que se pluralicen y se diversifiquen los medios administrativos, propagandísticos o ideológicos.

La deformación gramatical del discurso público —uso de tiempos condicionales o desiderativos no sujetos a condición o deseo, nombres inadecuados a las sustancias de las cosas designadas, revoltosos giros del idioma que no expresan nada —siempre fue un modo de huir del compromiso moral y de la sinceridad intelectual. Pero durante la transición, el idiotismo ha sido modo específico de traducir, con expresiones inanes o deformes, la deformación de un pensamiento tan débil que nunca ha podido salir del fangoso terreno de la propaganda. La ficción política imprime su carácter falaz en las cosas sociales. Nada es lo que aparenta. La mentira ha llegado a ser, en el Estado de partidos, ontológica. Sólo el consenso, pura voluntad de mantener la apariencia de civilización en pueblos desalmados, le da visos de realidad. La única política posible dentro del consenso, como dijo Ortega y Gasset del pacto de conciliación, durante la Restauración canovista, es la del reparto por cuotas de partido del botín del Estado. El consenso nace como fruto espontáneo de la corrupción ideológica, y termina siendo el gran corruptor de la probidad de las magistraturas y la moralidad pública. Sin él, el felipismo hubiera sido, más que imposible, inconcebible.

Como acción de conquista y conservación del poder, la política necesita ser una empresa de simplificación y unificación de la complejidad y pluralismo de las opiniones individuales. Lo cual puede obtenerse mediante una combinación de fuerza y propaganda única (dictadura); consenso y reparto de medios de propaganda, con libertades públicas limitadas (régimen de partidos); o plena libertad de los gobernados para decidir su representación y su gobierno en el Estado, con justicia independiente (democracia).

Para no ser propagandista de la dictadura o de la oligarquía de partidos, el pensamiento ha de colocarse, sea cual sea el régimen de gobierno, bajo tres únicas perspectivas: la de la verdad de los hechos, por encima de sus apariencias; la de la libertad política de los gobernados, por encima de las mediaciones de partido; la de la autonomía de la justicia, por encima de su independencia formal. Esta triple perspectiva nos enseña unos aspectos de la realidad que han subsistido, por la mi-